

# PÁGINA 8



## EN CASTELLANO LAS EDICIONES DE UN LIBRO MÍTICO

‘Por el camino de Swann’, ‘A la sombra de las muchachas en flor’, ‘El mundo de Guermantes’, ‘Sodoma y Gomorra’, ‘La prisionera’, ‘La fugitiva’ y ‘El tiempo recobrado’ son los títulos de las siete novelas de la memoria, de la evocación y de las sensaciones que conforman ‘En busca del tiempo perdido’, el friso narrativo de un hombre que vivía en la oscuridad, escribía en la cama y le daba vueltas y más vueltas a personajes huidizos que alimentaban su imaginación. Hay ediciones del proyecto completo en Libro de Bolsillo, Rueda (donde se publicó también ‘Ulises’), Valdemar, Plaza & Janés, CS ediciones, Alianza Editorial o en el desaparecido Círculo de Lectores, entre otros. Y Funambulista publica en un único libro una colección de textos, escogidos y traducidos por Carlos Llorach, que desean capturar los principales instantes que habitan la caverna oculta de la memoria. **A. C.**

**CENTENARIO** SE CUMPLEN 100 AÑOS DE LA MUERTE DE UNO DE LOS GRANDES NARRADORES DEL SIGLO XX, EL AUTOR DE ‘EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO’

## Proust, entre Cervantes y Sterne

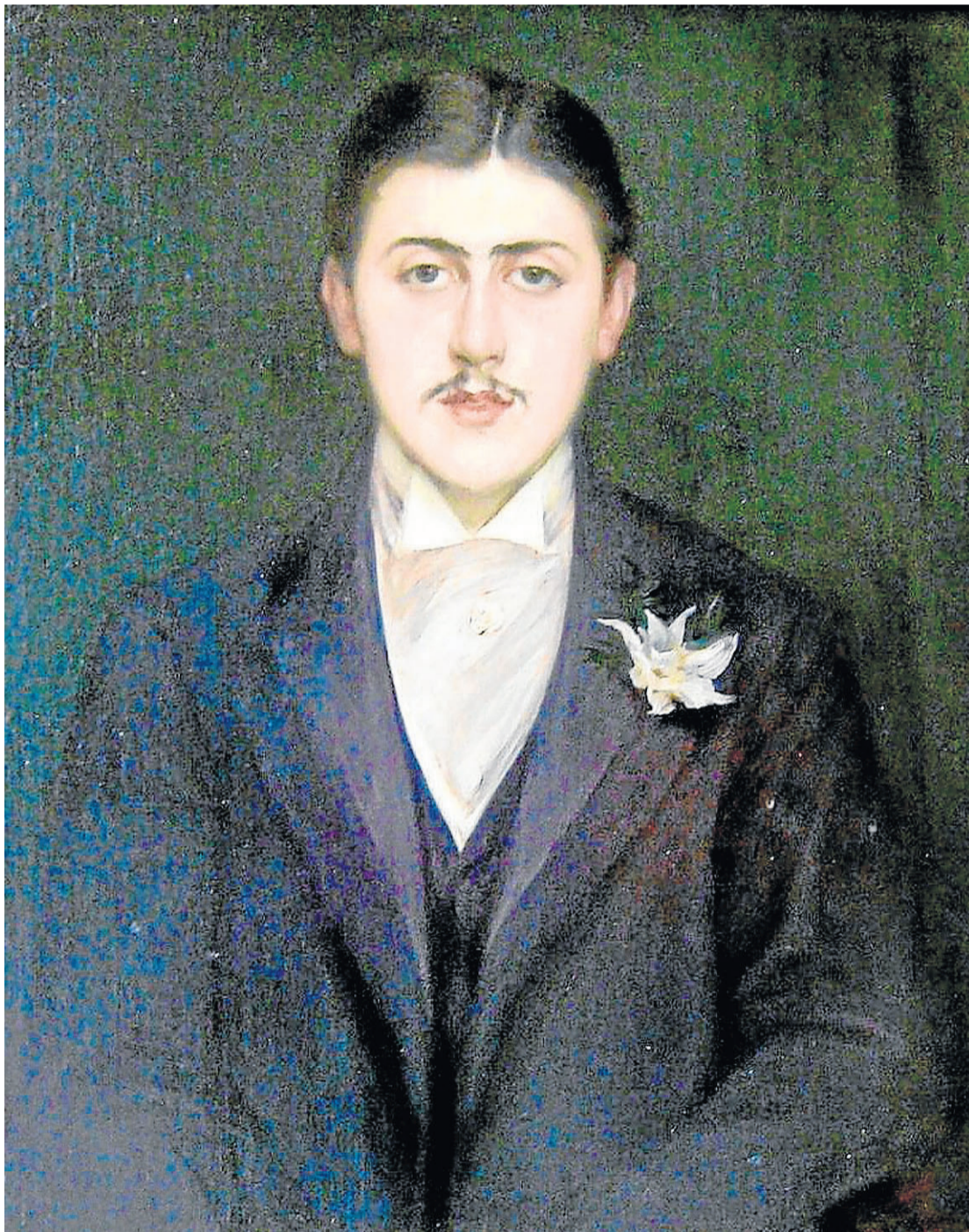
Uno de los rasgos más acusados de Marcel Proust (1871-1922) reside en su insobornable pasión por la escritura prolija y delirante, su pasmosa y febril grafomanía. A veces, puede ser de una concisión feroz, con un uso magistral de la ironía naíf, de la malicia inocente. «Yo no soy novelista», suelta en su ‘Recherche’ (‘En busca del tiempo perdido’), acaso el cenit de la historia de la novela. «Je ne suis pas romancier».

Pero no viene mal hacerse algunas preguntas más o menos pertinentes acerca de Proust y de su primacía novelesca. Cervantes, Sterne, Flaubert, no es fácil añadir nombres sin desvirtuar el rango del linaje de la alta novela. La pasión de Proust por las apostillas o notas marginales no tiene precedentes claros en el género de la novela. Pero hay un personaje clave, a mi pobre modo de entender, en la forma de contar la microhistoria de la Historia. Pierre Bayle fue un jesuita rebotado, nacido cerca de Toulouse, que publicó en Rotterdam, un peculiarísimo ‘Diccionario histórico y crítico’ en 1696. En la fabulosa Biblioteca Roda de San Carlos de Zaragoza se atesoran los nueve tomos del ‘Diccionario Bayle’, edición Ámsterdam, 1744. Las notas de Bayle devoran el texto principal de una forma voraz y apabullante. Por primera vez se nos da el haz y el envés de la historia. El relato convencional o tradicional de la historia y la crítica radical, no sé si omnisciente, del autor. La Enciclopedia Francesa de Diderot llegó más tarde con otras ínfulas y otros propósitos.

### Intrincados jardines

Vamos a quedarnos con una vaga idea al respecto: no se puede contar nada sin meterse uno en intrincados jardines, y que el afable lector haga de su capa un sayo. La verdad siempre llega tarde, nos advirtió Gracián. A veces, ni la huele uno en toda su vida. O como diría un castizo, ni ha venido, ni se la espera.

De tal modo, que para ser un novelista de raza, mejor no tener demasiada prisa para averiguar la verdad. Hasta puede que sean oficios incompatibles. A Bayle y



Marcel Proust, a los 21 años, pintado hacia 1913 por el artista Jacques Emile Blanche. MUSÉE D'ORSAY

a Proust les crecían los enanos, las notas marginales como setas, las apostillas, las holandesas.

La memoria antojadiza de Proust es un alambique portentoso, cuyo aguardiente se resuelve en una escritura dotada de un sosiego febril. A veces el agua pasada de los celos proustianos, arranca ruedas de molino. Lo dulce amarga, como bien sabía Dan-

te. El tiempo y la memoria son antojadizos, van a su bola, «fa a suo modo», como dijo Leonardo del apetito carnal. La realidad en Proust es un burdo espejismo, un cúmulo de disparates que el novelista de raza se limita a suplir con una urdimbre nueva de mitos polvorientos.

Pero existe un magistral novelista dieciochesco absolutamente

extravagante, Sterne –idolatrado por Stendhal, Dickens y Tolstoi– más cervantino si cabe que el propio Cervantes, que escribió en su ‘Shandy’: «The truth is my sister», la verdad es mi hermana. El proverbio clásico rezaba: «Amigo soy de Platón, pero más amigo de la verdad». Y Sterne llega y suelta esta perla marciana: «La verdad es mi hermana». Y no

contento con esa lógica absurda, a lo Lewis Carroll, se saca de la chistera, media página de diálogo del Tío Toby con una deliciosa mosca presocrática. Javier Marías consideraba su jovial traducción de Sterne, como su «mejor obra pasada o futura». La pasión de Sterne por el texto anotado del ‘Diccionario’ de Bayle es evidente. «Progreso con digresiones».

### La novela cervantina

La novela cervantina está, en buena medida, todavía por descubrir. Sancho ve una liebre agazapada bajo Rocinante y se pregunta si será Dulcinea encantada. O el precioso y cazurro cuento de las cabras de Sancho, rústico y sagaz, pero toda una lección del arte de contar. A Proust se le suele caricaturizar como un ‘party’ de duquesas pijas, empachadas de té con magdalenas. Pero nadie le ha igualado en dibujar al dios Tiempo con una guadaña más afilada y espeluznante. La genética versallesca de Saint-Simon convive en pugna feroz con la burguesía jacobina de Balzac.

Proust cartografía esa batalla campal. La nobleza mimetiza su habla con el proletariado feudal –Charlus– y la burguesía narcisista conspira sin tregua con un absurdo léxico reaccionario. Cada rostro es un Egipto, escribió Melville. Proust tiene dos cerebros, dos patrias, la familia Swann y la familia Guermantes.

No deja de ser curioso, azaroso, que tanto Sterne como Flaubert visitasen el balneario francés del Pirineo, Bagnères de Luchon, encima de Benasque, y que Flaubert hiciese realidad lo que en Sterne fue una ilusión, pisar España, la tierra donde transcurren las aventuras de Cervantes. Proust estuvo en su adolescencia en un balneario del Pirineo, encima de Roncesvalles. Ni la biografía de Painter ni la de Tadié ni la erudición epistolar de Kolb, resuelven el enigma banal y cotidiano de Marcel Proust.

En cierta ocasión, en su ‘Recherche’, tilda a la suripanta de Swann como una Dulcinea de «maison de passe», de lupanar. Así las gastaba el coloso asmático muerto en París en noviembre de 1922, hace justo un siglo.

**CÉSAR PÉREZ GRACIA**